

# El Santuario de la Virgen de Navelonga, de Cilleros ¿un lugar mágico?



JOSÉ L. RODRÍGUEZ PLASENCIA

La ermita de Nuestra Señora de Navelonga, que alberga a la patrona de Cilleros, se alza a unos dos kilómetros del casco urbano, en una amplia meseta a 420 metros de altitud, al suroeste de la Sierra de Santa Olalla. Se trata de un santuario de una sola nave que se erigió en el siglo XVI. Más tarde –años 1.655-1.660–, al primitivo edificio se añadieron la cabecera, coronada por una cúpula, y una hospedería. Y ya a finales del siglo XVIII –año 1.790– los pórticos laterales.

La fiesta de la Virgen se celebra el primer domingo después de la Pascua de Resurrección, es decir en los comienzos de la primavera, con el renacer de la Naturaleza.

Ya en otro trabajo (Apuntes de etnografía de Cilleros (II). Revista de folklore. Nº 336, pg. 210) aludí a lo sorprendente que resultaba que un pueblo de tierras adentro, como Cilleros, tuviese una patrona con claras alusiones marineras, pues Navelonga podría traducirse como nave larga. Y aunque según una leyenda la Virgen se apareció a un pastor, la tradición más generalizada es que su culto fue introducido en esta localidad por unos cilleranos que, emigrantes a Indias, salvaron la vida en un naufragio por intercesión de María, que se les apareció para infundirles ánimo en tan difícil trance. O por un solo náufrago –según reza otra versión–, que venía de América tras haber hecho fortuna, tal vez Alonso Santos, perulero, que ya en Cilleros fundó una obra pía para casar huérfanas. Ello –la fábula de



*Ermita de la Virgen de Navelonga*

uno u otro naufragio— sería el detonante de la leyenda marinera que hoy pervive. Cabe también la posibilidad —ya apuntada por mí en el trabajo mencionado— de que Navelonga sea una deformación de *nava longa*, *nava larga*, entendiendo *nava* —muy frecuente en la toponimia— como llanura cercada o flanqueada, a veces, de montañas, que es el perfil que se divisa desde la ermita si se mira desde ella hacia el pueblo. Apoyaría esta hipótesis —más realista que las leyendas antes dichas— el hecho de que las personas mayores de Cilleros, cada vez que se refieren a la patrona no dicen la Virgen de Navelonga, sino “la Virgen de la Navelonga”, denominación que da más sentido geográfico que religioso al lugar.

En la correspondencia que mantuve con D. Antonio González Cordeiro, tras enviarle algunos datos y esquemas sobre las tumbas excavadas en la roca existentes a unos doscientos metros al suroeste de la ermita, este profesor supuso que podrían pertenecer a un núcleo romanizado con posible perduración en la época visigoda, añadiendo que era bastante probable que bajo la ermita —o en sus inmediaciones— pudiera haber algún edificio visigótico, pues como escribe José M<sup>a</sup> Domínguez Moreno<sup>1</sup> “a nadie escapa que gran parte de las ermitas que mantienen Romerías ya fueron enclaves religiosos en la antigüedad”. Y en torno a la ermita de Navelonga aún se siguen celebrando tales festejos en la fecha señalada.

<sup>1</sup> *Fiestas de la Pascua*: Gran Enciclopedia Extremeña. Tomo VIII, p. 55.

Yo, por mi parte, le sugería la posibilidad de que bajo el actual santuario tal vez hubo un templo o un *lucus sacrum* dedicado a alguna deidad local o romana anterior a la actual advocación. Aportaba para ello la proximidad de las tumbas –tardorromanas–; que el camino viejo de la ermita pudo ser antaño una de las calzadas romanas que cruzaban el término, la existencia de cazoletas en las proximidades de la ermita y la considerable distancia que mediaba entre ésta y el núcleo urbano. El profesor Cordero me respondió que eso era más difícil, pues en ningún archivo quedaba constancia de que en Cilleros hubiesen aparecido inscripciones romanas. Sin embargo, los posteriores hallazgos en la zona –posteriores igualmente a mi correspondencia con él– no es que avalen a ciencia cierta mi hipótesis sobre la existencia de un centro de culto bajo la actual ermita, pero sí permiten suponerlo.

A ello inclina –en primer lugar– el hecho de que Cilleros se encontrase ubicado entre tres importantes poblaciones romanas –Caurio (Coria), Igaeditania (Idanha-a-Velha, en Portugal) y Mirobribe (Ciudad Rodrigo)– y, en consecuencia –como escribe Raymond Chevallier–,<sup>2</sup> comunicado con dichas poblaciones mediante una red de calzadas.

Siguiendo a este latinista, historiador y arqueólogo francés, dos son las calzadas que cruzaron por lo que hoy es el término municipal de Cilleros. Una sería la que unía Caurio con Miróbriga. Pasaba por Moraleja, Cilleros y Trevejo y llegaba a la falda del Jálama, monte que podía rodear tanto por Oriente –enlazando con la calzada Dalmacia, que conectaba Caurio con Mirobriga, en el Puerto de Perales–,<sup>3</sup> como por Occidente, subiendo por San Martín de Trevejo y el Puerto de Santa Clara. Restos del transcurso de esta calzada por el término de Cilleros los podemos encontrar en el kilómetro 7 de la carretera a Moraleja, en el paraje conocido como Aguilar. De hecho, en el mapa topográfico de Cilleros del año 1.944 aparece marcada y nombrada como “calzadilla”.

La otra calzada iba desde Igaeditania a Cilleros, trazado que se correspondería con el que en el mapa del Instituto Geográfico español del año 1.944 se denomina “Camino de Penha García del Reino de Portugal”. Esta

<sup>2</sup> *Las vías romanas. El miliario extravagante*. Cit. por Luis M. Ramajo. *Historia de Cilleros*. En *Cilleros, ni más ni menos*.

<sup>3</sup> Tanto Chevallier como otros historiadores tienen serias dudas sobre el verdadero trazado de esta vía. Según unos, se correspondería con la cañada ganadera que partiendo de Coria, pasaba por Zarza la Mayor, Valdecaballos y Perales del Puerto llegaba a Ciudad Rodrigo. Otros, por el contrario, tal vez con mayor razón, afirman que pasaba por Calzadilla, Huélagu, Moraleja y Perales hasta llegar a *Mirobriga*.

calzada partía, pues, de Idanha-a-Velha por el noreste, pasaba cerca de Penha García para después atravesar el río Eljas y dirigirse a Cilleros. Las evidencias más notables de la existencia de dicha calzada son los puentes de origen romano todavía conservados en el lado portugués, en concreto el “Ponte da Senhora da Azenha y el Ponte da Riberira das Rasas” y, por qué no, los restos de calzada existentes en el inicio del conocido como “camino viejo de Navelonga o de la Virgen”, hoy cubiertos desgraciadamente por una capa de cemento, y que en el Catastro del Marqués de Ensenada aparece reseñado como “la Calzada” ¿O se trataba de una viae vicinale –camino vecinal– que, partiendo de alguna de las vías públicas o principales antes mencionadas unía entre sí Cilleros y Parales del Puerto, según podría deducirse por la dirección que sigue el mencionado camino?

A esto debe agregarse el ara votiva, posiblemente dedicada a un dios indígena de nombre ilegible, hallada en la finca Malpartida y la descubierta en La Ramallosa, finca situada junto a la Rivera Trevejana, dedicada al dios romano Marte; una cupa de granito empotrada en la pared de un aprisco al final de la calle El Gurugú –ya en el pueblo–, posiblemente perteneciente a la segunda mitad del siglo I d. de C. y otros restos cerámicos y tegulares encontrados en otras zonas del término, tal vez pertenecientes a villas o mansios. Eso sin mencionar el conocido como tesoro de las Vegas de Melado, unas quinientos solidus bizantinos correspondientes a los emperadores Anastasio, Justino I, Justiniano I y Justino II, hallados por unos obreros que operaban en dicha finca en marzo de 1.865; hallazgo que hizo suponer que en el lugar o en sus proximidades pudo existir en la antigüedad alguna población o fortaleza por la cantidad de grandes piedras labradas allí existentes y por haberse encontrado varias monedas romanas en distintas ocasiones.

Durante mucho tiempo fue creencia generalizada que las tumbas excavadas en la roca pertenecían a la Edad del Bronce. Pero actualmente nadie duda que tales enterramientos sean medievales, y que deban situarse en “relación con la Reconquista y la Repoblación”.<sup>4</sup> Sin embargo, las de forma rectangular o de bañera se consideran de época tardorromana y visigoda, de ahí que se iniciase su utilización a finales del siglo VII, aunque su momento de máximo uso se ubique entre el VIII y el X.

Lo que aún no se sabe a ciencia cierta es quiénes las excavaron y el fin que les impulsó a hacerlo. Hay quien dice que la localización de las tumbas podría estar relacionada con determinados mecanismos para asegurar la propiedad territorial en una sociedad que no utilizaba la escritura,

<sup>4</sup> Alberto del Castillo. *Ibid*, p. 838.



*Tumba excavada en roca*

propiedad que se reforzaría con la presencia del difunto; otros piensan que pudieron servir como límites entre distintas propiedades, asegurando así su control sobre un determinado espacio productivo, que en Cilleros pudo orientarse hacia pastos, caso de las diseminadas –tumbas de los Pilonés, de la Aceña, de Los Rollinos, del Prado, de la Lancha Cristal, del Campillo, etc.– o a la producción de aceite, caso de las próximas a la ermita –agrupadas en dos necrópolis conocidas como del olivar del Pólvara y del Pajarino, junto con otras dos individuales– una de ellas en el olivar de Victoria Marcos –ocupan una vaguada o ligero valle que se extiende desde la carretera comarcal a Hoyos, kilómetro<sup>9</sup>, hasta pasado el camino viejo del santuario–, que tal vez pertenecieron a varios grupos familiares componentes de una misma comunidad, dedicada preferentemente a tal menester.

¿Y por qué excavar en la roca? Algunos investigadores creen que era un acto penitencial que se imponían los mismos que luego habrían de ocuparlas. Pertenerían, por tanto, a eremitas que, bien en forma individual o en grupo, se habían retirado a lugares desérticos o alejados de zonas pobladas para vivir una vida contemplativa. Pero ello parece poco probable. Según D. José Bueno Rocha –La primera Evangelización de Extremadura, C.I.T. Plasencia, 1976, p. 19 y ss.– la Sede Episcopal de Coria comenzó a existir por el año 467 y se fue extendiendo hacia el NE y el E. Y aunque en el siglo VII y comienzos del VIII se emprendió una última expansión del cristianismo antes de la invasión árabe, Coria no amplió prácticamente su

territorio, llegando únicamente hasta Hervás y Baños de Montemayor. “Esta última expansión cristiana –señala el señor Rocha– penetra en zonas muy ruralizadas y paganizadas, donde estaban firmemente enraizados los grandes cultos indígenas de la región”, tales como Ataecina Turobrigense, Bellona y Endovellicos. Y añade que una cosa era evidente: “A comienzos del siglo VIII, o sea, en el momento de producirse la invasión árabe, grandes zonas de la región extremeña permanecían aún por cristianizar”, entre ellas, Sierra de Gata, situación que se mantendría hasta la total extinción de la sede caurien-se a finales del siglo XI o principios del XII. Por lo que se refiere a Cilleros –según carta personal del Sr. Rocha de fecha 3 de mayo de 1985–, éste debió repoblarse en el siglo XIV o XV, y añade que “al no aparecer en la primera relación de la diócesis de Coria (finales del XII) y sí en la del XVI, sospecho que su repoblación pudo estar relacionada con la adversa climatología de la primera mitad del siglo XIV que culminó con la Peste Negra”.

De ahí que si el cristianismo no entró en Cilleros hasta los siglos XIV o XV pueda sospecharse que si se identifican tales enterramientos como pertenecientes a una sociedad campesina, sus miembros pudieran preferir esta forma de inhumación –primitivamente de inspiración romana– a la simple y común en fosa de tierra.

Mas ahora queda dilucidar por qué en las proximidades de la ermita de Navelonga hubo una acumulación de tumbas mientras que en otras partes del término aparecen de forma individual, o con un máximo de dos. ¿Tendría esto que ver, acaso con la proximidad a un *lucus sacrum*, anterior a la erección de la ermita cristiana?

Como escribí más arriba, el profesor González Cordero intuía que el lugar podría tratarse de un núcleo romanizado con posible perduración en época visigoda y que no le extrañaría encontrar –en el lugar o sus proximidades– restos de alguna ermita de este período, máxime si se tenía en cuenta que la sierra situada al norte del santuario recibe el nombre de Santa Olalla, o lo que es lo mismo, de Santa Eulalia, “santa de gran predicación desde el siglo VI, cuyo culto se extendió rápidamente por Extremadura y que su topónimo en arqueología suele coincidir con el emplazamiento de un templo o basílica”, existencia que descartó que pudiera estar ubicada en la sierra, porque cuando él la recorrió no encontró ningún resto que indicara semejante construcción.

Claro que ahora surge una nueva pregunta: Si la sierra próxima lleva el nombre de Sta. Olalla –Santa Eulalia–, ¿por qué la ermita está dedicada a la Virgen de Navelonga y no a la santa emeritense, culto que si se introdujo en Cilleros –proviniedo de la Sede Episcopal Emeritense a través de la vía

Dalmacia– debió de producirse ocho o nueve siglos más tarde a su expansión por tierras extremeñas? ¿O ya existía en la zona cillerana algún mito relacionado con un culto indígena que se asimiló más tarde a Santa Eulalia, pero que con el paso del tiempo y con la costumbre cillerana de referirse tal vez a ella como la Virgen de la nava longa, degeneró en Navelonga y con ello el olvido del nombre Olalla que sí quedó presente en la sierra?

Escribe Eloy Martos Núñez –Las leyendas de Vírgenes de las Nieves, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes– que la prosapia de las Damas Blancas suele relacionarse con apariciones de genios femeninos de la Naturaleza, relacionados con cursos de agua o lugares de una sacralidad específica, tales como pozos, cuevas, caminos, etc. Y que, por tanto se trata de una personificación agraria, es decir, que se aparecía a campesinos y labradores en los atardeceres del campo o en promontorios y cerros. Igualmente dice que un prototipo de estas damas blancas sería Santa Eulalia, pues con su culto “se particularizó un mito que ya andaba rodando, el de la Dama Blanca, de modo que la ‘memorata’ del martirio [de la Santa emeritense] sirvió para reactualizar y reavivar el mito”, conclusión a la que llega tras analizar la historia de Eulalia. Así, el martirio del horno al que fue sometido la joven cristiana se asimilaría –añade Martos Núñez– al papel de la diosa lusitana Ategina, cuyo nombre, según el profesor Blázquez, sería de la misma raíz gaélica odyń, horno, de modo que “el horno encendido, el fuego, el aceite hirviendo, el plomo derretido, la cal viva... serían símbolos telúricos y ctónicos”.

Igualmente señala Martos Núñez que probablemente algo tuvo que ver con el culto eulaliense la influencia que en la cuenca media e inferior del Guadiana tuvo la diosa lusitana Ategina y su equivalente romano, Proserpina, “en asociación igualmente con lo nocturno y lo funerario”, resultando, pues, significativo que Santa Eulalia aparezca como un numen asociado a lo agrario y a lo funerario.

Según Miguel García de Figuerola<sup>5</sup> el conocimiento que se tiene en la actualidad de las divinidades célticas de Cilleros y su entorno es un producto de la Romanización. Los datos conocidos de la religión indígena anterior a la reconquista romana son meramente testimoniales. “Todavía estamos –añade– lejos de averiguar las causas de que los pueblos prerromanos (Vetones y Lusitanos) no dejaran, apenas, restos de sus creencias religiosas y sus ritos, pero lo cierto es que, sólo después de la toma de contacto con la cultura romana, las comunidades célticas comenzaron a manifestar su

<sup>5</sup> *Arqueología Romana y Medieval de la Sierra de Gata*. Cit. por Luis M. Ramajo. *Historia de Cilleros*. En *Cilleros, ni más ni menos*.

espiritualidad y a preservarla para la posteridad utilizando, además, métodos romanos”. Por tanto –añade– nuestra información al respecto se puede datar, casi exclusivamente, entre los siglos I y III d. C., “aunque es lógico pensar que las divinidades que entran en la historia durante esos siglos formaban parte de unas tradiciones profundamente arraigadas durante la época prerromana”. Para ello –es decir para plasmar sus devociones– las comunidades indígenas utilizaron como medio la realización de inscripciones votivas en los altares, “en las cuales hacían constar sus nombres junto al de las deidades a las que hacían el voto, a menudo citando también apelativos referentes a las mismas”.

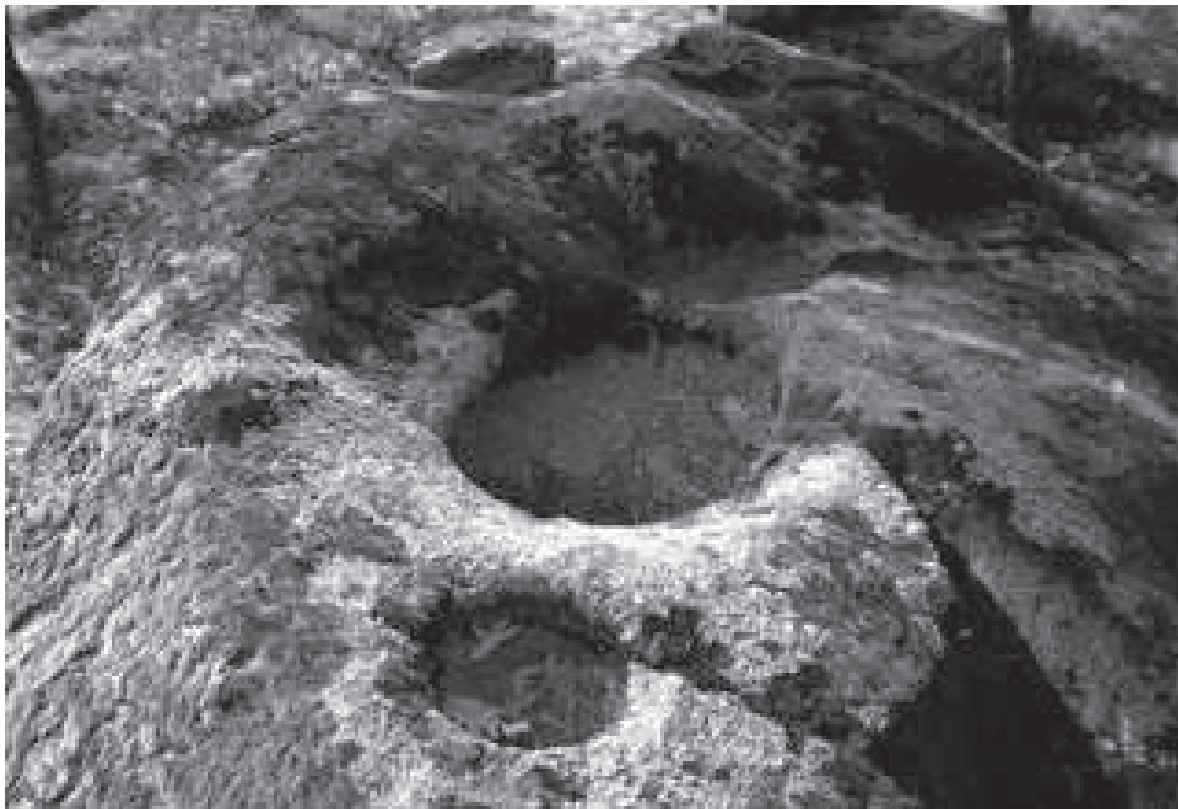
Entre estas deidades se encontraría la diosa celta Ataecina –la renacida–, venerada por los antiguos iberos, lusitanos y celtíberos; diosa que los romanos identificaron –aunque no sincretizaron– con Proserpina, circunstancia que queda reflejada en diversas inscripciones, donde aparece como Ataegina turobrigensis Proserpina; es decir, Ataegina, la Proserpina turobrigense. Lo de turobrigense vendría de que se la identificó con la hasta ahora huidiza Turóbriga, de donde sería diosa tutelar. Era la diosa de la Naturaleza, de la luna o la noche y de la curación, de ahí que en muchas inscripciones se le adjudique el sobrenombre de servatrix, es decir, conservadora de la salud. Y como a Proserpina –que moraba en el Hades durante el invierno y retornaba a la tierra en primavera–, se la tenía como una diosa ctónica del Inframundo, dueña de cuanto bajo el suelo favorece la fertilidad y el renacer primaveral. Era, pues, una deidad relacionada a la vez con lo funerario y con la fertilidad.

Pero aún hay otros dos indicios que pueden avalar mi idea de que bajo la ermita de Navelonga o en sus proximidades pudo haber un locun sacrum o que fue un lugar mágico. Me refiero a las cazoletas que hay –y más que hubo próximas a la ermita– y la peña ronchadera –nombre por el que se conoce entre los cilleranos– una pecha inclinada donde desde antiguo sirvió como lugar de diversión a los muchachos de Cilleros y que bien pudo estar relacionada con ritos de fertilidad, como veremos.

Arqueológicamente,<sup>6</sup> las cazoletas –algunos las llaman “marmitas de gigantes”– son pequeños huecos artificiales excavados en la superficie de algunas rocas. Generalmente tienen sección semiesférica y planta circular, aunque se encuentren también de planta cuadrangular o de forma

<sup>6</sup> Para realizar ese apartado he seguido el trabajo de Aníbal Clemente Cristóbal, *Recuerdos de un tiempo que ya no existe: cazoletas, piletas y canalillos de Hajar (Teruel)*. Arqueólogos. Red Española de Historia y Arqueología. Enero, 2.011.





*Cazoletas*

indeterminada. Suelen encontrarse aisladas o formando grupos. Junto a algunas pueden aparecer grabados rupestres. Según el profesor portugués Mario Varela Gomes<sup>7</sup> “las cazoletas son el motivo rupestre más recurrente, en todas las épocas y latitudes, siendo conocidas en Europa, por lo menos, a partir del Paleolítico Medio (La Ferrassie) hasta la Edad del Hierro”.

En la explanada NE que se abre antes de llegar a la ermita de Navelonga y en el borde de una roca situada a la siniestra del camino de acceso a aquélla, donde se han instalado unas parrillas de barbacoa, pueden verse dos de estas cazoletas conectadas por un estrecho canal. Igualmente, en la desigual roca –hoy desaparecida– que se levantaba frente a la puerta occidental de la ermita,<sup>8</sup> existieron –si no recuerdo mal– cuatro o cinco de esas cazoletas, algunas de ellas acopladas igualmente entre sí por canalillos. ¿Cuál era su finalidad?

<sup>7</sup> *A rocha 11 de Gardete (Vila Velha de Ródão) e os períodos terminais da arte rupestre do Vale do Tejo*. P. 108. Cit. Wikipedia. *Covinha (Petroglifo)*.

<sup>8</sup> *Ante todo su orientación, que respeta las instrucciones impartidas por Vitrubio en el Libro X de su célebre ‘Tratado de Arquitectura’*: “Si no hay obstáculo insalvable, el templo y la estructura mirarán a la región celeste por donde se pone el sol” (Sánchez Dragó, Gárgoris y Habidis, T. I, p. 183



*Cazoleta*

Las hipótesis sobre la funcionalidad de estas cazoletas son múltiples y varían de un investigador a otro. Así, podrían ser: Cartografías terrestres o de constelaciones, marcadores de espacios sagrados, de caminos migratorios, de locales con alto valor mágico y propiciatorio, tableros para juegos, un sistema secreto de escritura supuestamente empleado por los sacerdotes de los pueblos indígenas de la Península Ibérica,<sup>9</sup> lugares destinados a libaciones funerarias de las que se hacía partícipe al difunto,<sup>10</sup> etc.

Para otros arqueólogos serían colectores destinados a recoger ofrendas o receptáculos para acopiar el agua vertida en libaciones relacionadas con ritos prerromanos de propiciación de las aguas.<sup>11</sup> L. Siret,<sup>12</sup> han propuesto que las cazoletas o piletas con canalillos ubicadas en lugares altos

<sup>9</sup> Roso de Luna, M., “La escritura ógmica en Extremadura”, *BRAH*, 44, 1904, pp. 357-359; e Id., “La escritura ógmica en Extremadura. (Continuación)”, *BRAH*, 45, 1904, pp. 352-353.

<sup>10</sup> Azkárate, A., y García, I., “Pervivencias rituales precristianas en las necrópolis del País Vasco durante el medievo. Testimonios arqueológicos”, *III Congreso de Arqueología Medieval Española. Actas.II.Comunicaciones*, Oviedo, 1992, pp. 483-492 (especialmente pp. 485-486).

<sup>11</sup> Beltrán, A., “Nota sobre ritos del agua en algunos grabados prehistóricos turolenses”, *Bara. Boletín de Arte rupestre de Aragón*, 1, 1998, p.121.

<sup>12</sup> Existe un paralelo etnográfico para la interpretación de Siret recogido por Birkhan, H., *Kelten: bilder ihrer Kultur. Celts: images of their cultura*, Viena, 1999, p. 305, fig. 526, quien explica en la p. 94 que en una zona de Irlanda se considera que el agua de lluvia recogida en una gran cazoleta tiene propiedades curativas: “un receptáculo de piedra (bullán), en la que se recoge el agua de lluvia, constituye el “pozo” de St. Ciaran de Kilkeeran, famoso por aliviar los dolores de cabeza.

y apartados de poblados estaban destinadas a servir de depósitos de agua pluvial, agua a la que se atribuía virtudes sobrenaturales lo que también implicaría un uso religioso de las mismas.

Igualmente hay quien piensa que las cazoletas estarían ligadas [a cultos litolátricos, acuáticos, destinados a promover o a incrementar la fertilidad, particularmente la femenina; serían, pues, símbolos de carácter sexual femenino. Así, algunas hipótesis apuntan a que, por lo menos en ciertas regiones, las cazoletas podrían haber señalado un espacio sagrado prehistórico, espacio que se habría mantenido, una vez instalado el cristianismo, con la construcción de templos (capillas, etc.) en tales lugares. Existiría, por tanto, una “convergencia espacial” entre la distribución de estos grabados y la distribución de ciertos templos cristianos. Por su parte, Breck Parkman señaló que los indios Pomo buscaban el poder resultante de la producción de cazoletas para curar la infertilidad.<sup>13</sup>

Por todo ello debe aceptarse que las cazoletas sean –como escribe José Francisco Fabián–<sup>14</sup> una de las cuestiones que traen de cabeza a los arqueólogos desde hace mucho tiempo.

Ronchadera –resbalín, tobogán, en Chile –es un sustantivo que no recoge el Diccionario de la Real Academia. Se trata de un localismo que en Cilleros y en las localidades abulenses de Cillán– situado en la Cañada Real Soriana –y Narrillos de San Leandro –donde existe una calle con ese nombre– designa una roca inclinada y llana que sirvió desde antiguo –y aún sirve en ciertas localidades– para que los jóvenes y menos jóvenes se deslizaran por ella como divertimento.. Igualmente, en las proximidades de Cáceres –según me informa Jorge Manuel Alfonso– entre la iglesia o parroquia de San Eugenio y la ermita de Santa Lucía –más cercana a ésta–, en las inmediaciones de las minas de Aldea Moret, existe una resbaladera, y añade que también las hay en Piornal y en Valencia de Alcántara. Y de ronchadera, roncharse, acción de deslizarse por esa especie de tobogán pétreo.

<sup>13</sup> 2000 Kevin L. Callahan, “A Paper read at the Philadelphia SAA Conference on April 8, 2000”. Cit. Wikipedia. La Enciclopedia Libre. *Covinba (Petroglifo)*

<sup>14</sup> Marco, F., “El dios céltico Lug y el santuario celtibérico de Peñalba de Villastar”, *Homenaje a D. Antonio Beltrán, Zaragoza, 1986, pp. 744-748*. Gimeno, J.M., “Peñalba de Villastar, Cabré y la investigación posterior”, Juan Cabré Aguiló (1882-1982). *Encuentro de homenaje, Zaragoza, 1984, pp. 164-166*. Burillo, F., “Espacios culturales y relaciones étnicas: contribución a su estudio en el ámbito turolense durante época ibérica”, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló, 18, 1997, p. 234*.



*Ronchadera*

Según Mircea Eliade –(1990). Tratado de historia de las religiones. Círculo de Lectores, Barcelona, pp. 275-276– la costumbre del llamado deslizamiento por parte de las mujeres sobre una piedra sagrada para tener hijos es muy conocida, aunque estaba más extendida todavía otra costumbre ritual: la fricción, que aunque se empleaba por motivos de salud, también era utilizada sobre todo por las mujeres estériles. Eliade dice, por ejemplo, que según describe Sébillot hacia 1.880, algunas personas casadas desde hacía varios años y que no tenían descendencia acudieron a Carnac durante la Luna llena a un menhir. “Se despojaron de sus vestidos, y la mujer se puso a dar vueltas alrededor de la piedra, intentando escapar de su marido, que la perseguía; los parientes vigilaban los alrededores para impedir que se acercaran los profanos”; que en el pueblo de Moëdan, del cantón francés de Pont-Aven, en la región de Bretaña, las mujeres que se frotaban el vientre contra cierta piedra estaban seguras de tener hijos varones; o que todavía en 1.923, las aldeanas que iban a Londres se abrazaban a las columnas de la catedral de San Pablo para tener prole, pues en la mayor parte de estas costumbres se conservaba todavía “la creencia de que el simple contacto con la roca o la piedra consagrada basta para fertilizar a una mujer estéril”. Costumbre que persistió en las comunidades rurales a pesar del empeño que la Iglesia puso en erradicar este culto a la piedra. Aunque el culto no iba a

la piedra en sí, es decir, como tal piedra, sino hacia el espíritu que creían que habitaba en ella. “La piedra, la roca, el monolito, el dolmen, el menhir, etcétera –señala Eliade, pp.273-275–, ‘adquieren’ carácter sagrado gracias a la impronta de esa fuerza espiritual. Y puesto que estamos en el área cultural del ‘antepasado’, del muerto ‘fijado’ en una piedra con el fin de ser utilizado como instrumento de defensa o para incrementar la vida”.

Fernando Sánchez Dragó –Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España, tomo I. pp. 157-158, Argos Vergara. Barcelona, 1981– dice que en los años 681 y 682, los concilios de Toledo tuvieron que anatematizar a los veneradores lapidum y cita al Padre Sarmiento –gallego de nacimiento– que admite que sus paisanos creían en la virtud de ciertas lajas para preñar machorras y que en el finisterrano monte de San Guillermo había “una cama de piedra en la cual se echaban a dormir marido y mujer que, por estériles, recurrían al santo y a aquella ermita, y allí delante del santo engendraban; que por ser tan indecoroso se mandó por Visita (episcopal) quitar aquella piedra, pilón o cama y se acabó el concurso”. Por lo cual Sánchez Dragó se pregunta si tendría todo esto algo que ver “con la antigua conseja de que los menhires son ‘lingan’ o trebejos fálicos en cuyo glande se concentra el poder de los muertos para engendrar Seres vivos”.<sup>15</sup>

Y concluye: “Y no hay asombro, pues a menudo se celebraban tales ritos con la bendición de la Santa Madre Iglesia, que ‘no pudiendo desde un principio destruir la superstición [...] la tomó bajo su amparo. La pareja sin prole se apareaba a lo bestia, sobre la roca viva y a veces hasta en presencia del párroco”.

Estas ronchaderas recibían otros nombres en diversas localidades extremeñas: resbaladera –que en algunas localidades como Montemolín (BA) sonaba como refalarera–, resbalera, resbalizo, refaladero, resfalera,...

Los deslizamientos eran llevados a cabo generalmente por varones. Por ejemplo, en Fuente del Arco (BA) las muchachas jamás usaban las resbaladeras que a veces improvisaban los chicos en cualquier pendiente terrosa. “Tal vez porque por su coquetería no querían ensuciarse”, me dice Manuel Vilches. Aunque no faltaban pueblos donde también algunas jovencitas las utilizaban de vez en cuando, mas –como me informa Vicente Cano– las que se ronchaban en Montemolín (BA) lo hacían porque tenían “más costumbres de varón que de hembra”, Igualmente, en las localidades cacereñas de Piornal y Puerto de Santa Cruz, las chicas solían participar como los chitos en este divertimento,

<sup>15</sup> Más información en Luis Monteagudo García. *Menhires y marcos de Portugal y Galicia*. Anuario Brigantino, pp. 25-50. Betanzos, 2.003.

a falta de otros. Del primero me dice José M<sup>a</sup> Domínguez Moreno, que la resbaladera está actualmente dentro del casco urbano, y que en ella se tiraban especialmente hombres, aunque también lo hacían niñas. Y añade que una mujer le comentó que, “cuando ella era pequeña, le quitaban al cura velas de la iglesia para dar con la cera en la piedra y hacerla más resbaladiza”.

Y aunque la mayoría de estos lugares solían estar separados de zonas consagradas, tales con ermitas o iglesias, lo cierto es que no faltan algunas que se ubican en sus proximidades. Tal es el caso de Narrillos de San Leandro, donde la calle Ronchadera recuerda que en un tiempo hubo una allí, próxima a la Iglesia Parroquial. O el de Torrequemada (CC), donde aún hoy día perdura una próxima a la iglesia de San Esteban. O el de Cilleros, que aún conserva la suya junto a la ermita de Navelonga, donde incluso hoy día son muchos los jóvenes que siguen usándola el día de la Patrona.

Por su parte, el Sr. Cillán me dice que uno de los resbaladeros del Puerto de Santa Cruz “estaba junto a un humilladero, donde una cruz de época de los Reyes Católicos presidía en el centro de todo el canchal los actos deslizantes, tanto femeninos como masculinos, de los infantes”.

Pero sin duda los datos más significativos sobre estas rampas deslizantes me las proporcionan Félix Barroso y José M<sup>a</sup> Domínguez Moreno. Según Barroso, “en el paraje de Valverde, en términos de Valdeobispo (CC), existe otra peña semejante, al pie de la ermita de la Virgen de Valverde (muy cerca de la Vía de la Plata y de una antigua cañada de merinas), muy usada en tiempos, aparte de por los zagales, también por las mujeres estériles, en la creencia de que la fricción del vientre con la roca, acabaría con la esterilidad”. Domínguez Moreno me confirma este importante dato, y añade que, en efecto, próxima a la ermita de la patrona de Valdeobispo existe tal peña que “se utiliza para resbalar el día de la romería, que es el segundo domingo de Pascua, y que se tiran tanto hombres como mujeres”.

Así pues, en torno el santuario de la Virgen de Navelonga de Cilleros se dan una serie de conexiones dignas de tenerse en cuenta a la hora de suponer que en tiempos pretéritos bajo el actual edificio o en sus proximidades pudo haber un *lucus sacrum* o un centro de culto dedicado tal vez a la diosa celta *Ataecina* o a una divinidad indígena anterior. Es cierto que tal suposición sólo podría confirmarse mediante catas o prospecciones arqueológicas bajo la ermita, actuación a todas luces imposible actualmente. Aun así, la interrogante queda abierta y tal vez descubrimientos futuros avalen y confirmen con nuevas aportaciones o descubrimientos lo que hoy es sólo una teoría personal.